

## EDITORIAL

---

La carga de enfermedades mentales en el mundo está aumentando a un ritmo alarmante, especialmente a partir de la pandemia de COVID-19 con un aumento de la depresión, de los trastornos de ansiedad, del suicidio, y del consumo de sustancias. Esa demanda se combina con una oferta cada vez más reducida de los servicios de salud en función de las políticas sanitarias en boga que entienden, desde una óptica neoliberal, a la salud como un gasto y no como un derecho.

La utilización de la Inteligencia Artificial (IA) puede reemplazar muchas profesiones. En el marketing comercial puede aportar muchas “soluciones” para abaratar costos reduciendo personal, tales como la optimización del tiempo, la captura y almacenamiento de datos, los canales de atención al cliente para acciones de ventas con una disponibilidad 24/7, una automatización de procesos y un supuesto aumento en la calidad de los servicios; pero esas funciones utilizadas en las empresas no pueden extrapolarse lisa y llanamente al diagnóstico psiquiátrico o al trabajo psicoterapéutico.

Sin embargo, en la vertiginosa digitalización de la vida humana el uso de la IA se propone cada vez más para ser empleada en diversos campos de la salud mental, aunque, simultáneamente, se alzan voces que alertan sobre sus posibles desventajas.

En efecto, la IA puede presentarse como un posible recurso apto, por ejemplo, para optimizar el seguimiento de pacientes en tratamientos tradicionales, pero también como una posible “solución” espuria persiguiendo costos más bajos y un alcance más amplio a fin de intentar paliar las carencias que ocasiona el desfinanciamiento de la salud.

Este nuevo desarrollo técnico despierta una atención cada vez mayor para diseñar aplicaciones con fines terapéuticos en servicios de salud mental (solo en PUBMED se registran en los últimos cinco años más de 4500 artículos destinados al tema). Con innovaciones que van desde los “psicoterapeutas virtuales” hasta los robots sociales para el cuidado de la demencia y el autismo, los agentes virtuales y robóticos con IA están proponiendo cada vez más intervenciones de alta complejidad que hasta hace poco tiempo eran ofrecidos, exclusivamente, por profesionales de la salud altamente capacitados. El uso más preocupante de la IA es como sustituto de la psicoterapia.

Se han llevado a cabo investigaciones que postulan efectos positivos de este recurso como una herramienta solo complementaria de los tratamientos tradicionales, por ejemplo, el diario de actividades y síntomas que un paciente puede escribir en su propia historia clínica a través de su ordenador, una *tablet* o un *smartphone*, para la prevención de una recaída o una descompensación, evitando hospitalizaciones o pasajes al acto. Estas



## EDITORIAL

informaciones se logran detectando las tendencias en el estado de ánimo a través de la coherencia en la escritura, la cadencia del habla y su variabilidad temporal o registrando señales de alarma temprana de consumo de alcohol y otras drogas en pacientes abstinentes en tratamiento; también se propone mejorar la adherencia a través de la monitorización del cumplimiento/incumplimiento farmacológico o controlar continuamente la actividad escrita del paciente durante un periodo de tiempo determinado para minimizar el avance de un deterioro cognitivo. Todo ello apuntaría a implicar al paciente en el tratamiento y buena evolución de su enfermedad, haciéndole corresponsable de la misma y convirtiéndolo en sujeto activo de los mismos.

Sin embargo, una implementación clínica responsable de la IA exige una cuidadosa evaluación de sus beneficios potenciales y un análisis de las implicancias éticas y sociales específicas de su aplicación en los abordajes psiquiátricos, psicológicos y psicoterapéuticos en salud mental.

Los desafíos específicos identificados y discutidos en la aplicación de la IA, además de la escasa formación de profesionales en su utilización y falta de marcos éticos y legales, incluyen el uso de tecnologías para reemplazar servicios presenciales, lo que arriesga incrementar las desigualdades existentes en el acceso a la salud, cuestiones de evaluación de riesgos, remisiones y supervisión; la necesidad de respetar y proteger la autonomía del paciente; la transparencia en el uso de algoritmos y las consecuencias específicas sobre los efectos a largo plazo de estas aplicaciones.

Por otro lado, la IA no sustituye al contacto humano porque, por ejemplo, no puede evaluar adecuadamente el nivel de tristeza en la vida cotidiana del usuario, no puede identificar las señales sociales y físicas ni los patrones de comportamiento que pueden mostrar las personas que padecen depresión y que muestran un aumento o una disminución de su capacidad para funcionar, no pueden apreciar el lenguaje corporal, el tono de voz o el llanto. En esencia, la IA no puede percibir los matices del proceso vincular que requiere una correcta evaluación terapéutica.

Incluso si la IA no lo pretendiera, la falta de empatía humana genuina puede provocar inadvertidamente que oriente mal a sus usuarios o que ofrezca indicaciones incorrectas, o consejos que, sin matices, pueden ser malinterpretados, porque aunque los *chatbots* puedan evacuar ciertas consultas rutinarias, carecen de la capacidad de comprender cuestiones complejas o emocionalmente delicadas.

Mieke De Ketelaere, una de las expertas en los aspectos éticos y legales de la IA, afirma que “Cuando las personas tienen la sensación de interactuar con una entidad subjetiva, crean un vínculo con este ‘interlocutor’ -incluso inconscientemente- que las expone a un riesgo y puede socavar





---

## EDITORIAL

su autonomía”. Los pacientes que sufren depresión y ansiedad son especialmente vulnerables y susceptibles de ser manipulados por estas aplicaciones, sobre todo “... los que carecen de una red social sólida, o los que se sienten solos o deprimidos, precisamente la categoría que, según los creadores de los chatbots, más ‘utilidad’ puede sacar de estos sistemas”. Es decir que, “... si se está solo, necesitado de contacto, posiblemente deprimido y muy impresionable, la IA puede tener un gran poder sobre la toma de decisiones, el autocontrol y las emociones”.

En suma, el rol de los profesionales de la salud que trabajan con conceptos tan complejos como la enfermedad no puede ni debe ser sustituido por la IA, ya que la automatización puede tener graves ramificaciones éticas y de salud mental, por más perfeccionada que se anuncie esa herramienta.

*Juan Carlos Stagnaro*